

MARÍA ELISA VELÁZQUEZ GUTIÉRREZ  
Coordinadora del Programa Nacional de Investigación  
Afrodescendientes y Diversidad Cultural en México  
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Por este puerto, que hoy nos reúne, arrancados de sus culturas de origen, llegaron miles de mujeres, hombres y niños esclavizados de distintas regiones de África. Pocos y pocas mexicanas sabemos de la importancia de esta migración forzada, de los fuertes lazos que nos unen con el continente africano, y, de las deudas históricas y contemporáneas que tenemos con estas poblaciones.

La Nueva España, hoy México, fue junto con Perú, el virreinato que recibió más personas africanas durante el periodo colonial de la entonces América hispana; alrededor de 250,000 mujeres, hombres y niños, desembarcaron en este puerto para ser trasladados a casi todas las regiones del territorio de la entonces Nueva España, sin contar con los miles que arribaron a través del contrabando, cifra difícil de estimar. La Ciudad de México, Puebla, Querétaro, Coahuila, Guanajuato, Tabasco, Michoacán, el Estado de México, Morelos, San Luis Potosí, Yucatán y prácticamente todos los estados de la República Mexicana del norte, centro y sur recibieron personas esclavizadas desde África. En minas, haciendas ganaderas y agrícolas, obrajes, talleres artesanales y en el trabajo cotidiano como cocineras, lavanderas, amas de leche o chichiguas, cuidando y atendiendo a los niños, mayores adultos o enfermos, las y los africanos y sus descendientes, esclavizados y libres, fueron fundamentales para el desarrollo económico, social y cultural de la sociedad novohispana.

Provenientes de Senegambia, África central y oriental y pertenecientes a culturas diversas, mandingos, wolofs, brans o bantués, se convirtieron desde su esclavización en “negros, mulatos o pardos”, como parte del menosprecio a sus orígenes y sus características particulares, y como una estrategia de olvido hacia su pasado. Todavía en México desconocemos que los llamados “negros y mulatas” de muchas regiones de la República Mexicana, no son así

porque sean extranjeros o porque el sol los haya “quemado” muy fuerte, como me lo han explicado muchos jóvenes de la Costa Chica, sino por esta migración tan importante durante el periodo virreinal.

Quisiera hacer algunas consideraciones históricas muy generales para entender la situación de las personas afrodescendientes en México. A pesar de las desigualdades que caracterizaron a la sociedad novohispana y de la sumisión y maltrato que conllevó la esclavitud, existieron posibilidades para que las personas esclavizadas obtuvieran la libertad y con ello, mejores condiciones de vida. Es importante hacer notar que los matrimonios entre diferentes grupos no fueron prohibidos durante el periodo virreinal; si bien es cierto que existieron recomendaciones y tendencias para los enlaces entre grupos del mismo origen cultural y económico, los matrimonios y las relaciones informales, sobre todo, entre indígenas y personas de origen africano fue muy común. Ello se explica, entre otras cosas, porque la esclavitud se heredaba a través del vientre materno, entonces los hombres esclavizados preferían unirse con mujeres libres y las esclavas con hombres, de más recursos económicos para asegurar la libertad de sus hijos o por lo menos posibles mejores condiciones de vida.

También esta convivencia e intercambio fue posible porque el color de la piel y la construcción de lo que conocemos como “raza” no había alcanzado las dimensiones y explicaciones científicas que adquirió hacia mediados del siglo XVIII. Este proceso de intercambio entre grupos explica además por qué el fenotipo de las y los africanos no es tan visible en México como en otros países de América Latina y que las diversas expresiones culturales se hayan recreado y transformado con el intercambio con otras culturas. Fue así que los africanos y afrodescendientes tuvieron capacidad de movilidad económica y ocuparon puestos destacados como pintores, milicianos, comerciantes, funcionarios, líderes insurgentes y hasta presidentes.

Fue a partir del siglo XVIII, pero sobre todo a lo largo del siglo XIX con la influencia de las ideas “científicas” sobre la especie humana y la creación de los postulados sobre las diferencias raciales que comenzaron a divulgarse los prejuicios raciales y el racismo. Estas ideas sobre las razas, que entre otras cosas, relacionaban fenotipo con color de piel y cultura, así como la existencia de “razas superiores e inferiores” se crearon y desarrollaron, entre otras cosas, para justificar la colonización y el auge del comercio de personas esclavizadas, que durante la segunda mitad del siglo XVIII y a lo largo del XIX adquirió su mayor auge en países como Brasil, Estados Unidos, Cuba, entre

otros. Muchos antropólogos, especialmente estadounidenses, interesados en los temas de racismo y poblaciones afrodescendientes, pero también antropólogos mexicanos que poco conocen de la historia, no han entendido estos procesos complejos que ha vivido la sociedad mexicana y por ello tampoco entienden las características del racismo en México.

El siglo XIX, periodo de la conformación del Estado-Nación, estuvo íntimamente vinculado con la exaltación del mestizaje, del racismo y del olvido de la importancia de la población afrodescendiente en México. Fue entonces, cuando comenzó el menosprecio y el silencio sobre su importancia. A lo largo del siglo XX esta idea se incrementó con otros matices; a pesar de que Gonzalo Aguirre Beltrán, pionero de los estudios sobre las poblaciones afrodescendientes en México llamó la atención sobre los aportes económicos, sociales y culturales de estas poblaciones y ofreció testimonios sobre su importancia demográfica, también contribuyó de manera significativa a la idea de su “integración” y “disolución” a través del mestizaje. Con ello, la población afrodescendiente parecía no ser, como los pueblos indígenas un “problema” para el desarrollo social y económico de México.

El silencio que ha caracterizado el reconocimiento sobre la importancia de las poblaciones afrodescendientes en México, no ha logrado, por supuesto que desaparezcan. El próximo año se estarán cumpliendo 70 años de la publicación de *La población negra en México* de Aguirre Beltrán, a partir de entonces, y con mayor énfasis en los últimos 20 años se han producido un número significativos de estudios históricos y antropológicos sobre el tema. Se ha documentado su importancia en la conformación de la sociedad mexicana, no solamente en el periodo virreinal, sino en el siglo XIX y XX, y se han realizado varias investigaciones sobre su situación actual. Sin embargo falta mucho por hacer.

El primer problema que tenemos que atender y que está íntimamente vinculado con los propósitos del Decenio Internacional de las Personas Afrodescendientes, promulgado por Naciones Unidas y ratificado por México, tiene que ver con la visibilidad de estas poblaciones. A pesar de los esfuerzos de las organizaciones sociales, que desde por los menos hace 20 años comenzaron a demandar derechos y políticas públicas en su beneficio, así como las acciones significativas de instituciones gubernamentales como el CONAPRED y el INEGI, son necesarias estrategias y acciones más enérgicas a corto, mediano y largo plazo.

La mayor parte de las comunidades afroamericanas viven en situaciones de marginación, pobreza y violencia pero además enfrentan problemáticas de racismo y discriminación; es bien sabido que México tiene graves dificultades de racismo que hasta la fecha han sido muy poco estudiadas y documentadas. No obstante, contamos con información suficiente que atestigua, que las personas afrodescendientes enfrenten a diario actos racistas y que incluso, muchas de estas prácticas ni siquiera son identificadas como tales. Un ejemplo reciente puede ilustrar lo anterior. Aunque no tenemos información oficial, hemos sabido que en la encuesta intercensal, llevada a cabo en marzo de este año por el INEGI, se presentaron varias situaciones de asombro y disgusto ante la pregunta sobre si las personas se reconocían como negras o afroamericanas, algunos encuestadores nos han contado que ante la actitud de malestar de muchas personas, incluso decidieron ya no hacer la pregunta. No tengo tiempo de hacer un recuento de las problemáticas de racismo hacia las personas afrodescendientes, pero sin duda, son muchas y que van desde el chiste y la burla cotidiana hasta la deportación.

Es necesario un compromiso real de Estado mexicano para el reconocimiento constitucional de las poblaciones afroamericanas y una campaña amplia sobre la importancia de esta población en el pasado y presente de México, es necesario un museo, el cambio en los libros de texto, cursos para los servidores públicos, sitios de memoria sobre la esclavitud y testimonios sobre la participación de las personas africanas y afrodescendientes en nuestro país, investigaciones sobre otras regiones de México con población afrodescendiente histórica y antropológica y sobre las características del racismo, entre otras muchas acciones.

Por último, quisiera hacer énfasis en una cuestión que es indispensable subrayar en todas las reuniones relacionadas con el racismo y la discriminación. Las razas no existen, esto ha sido demostrado hace varias décadas y reconocido ampliamente por la comunidad internacional social y científica en organismos como la ONU y la UNESCO. Fue como ya se mencionó una ideología que surgió para justificar la explotación y el sometimiento de unos grupos sobre otros con base en la justificación de seres humanos inferiores y superiores. La asociación entre color de piel, fenotipo y cultura dio origen a las ideas racistas que lamentablemente seguimos enfrentando. Seguir utilizando como categoría de análisis a la “raza” es reproducir prejuicios y estereotipos, pero además importar enfoques y metodologías de países como Estados Unidos que tienen otra historia y que, por otra parte, no han sabido

atender las problemáticas de racismo como también podemos observar en hechos recientes. En suma, aunque no existen las razas, existe el racismo y es necesario estudiarlo y combatirlo de manera contundente entendiendo nuestros contextos.

Una sociedad y con esto termino, sin memoria, que no conoce y valora su pasado y que no entiende su presente corre el riesgo de repetir errores, muchos trágicos y lamentables. El reconocimiento de la diversidad cultural enriquece a las sociedades y promueve colectivos más plurales, respetuosos y equitativos. Las deudas históricas y contemporáneas que México tiene con sus comunidades afromexicanas no pueden continuar, es necesario saldarlas en este Decenio Internacional de las Personas Afrodescendientes.

Gracias